Con Vosotros

Semanario de la Iglesia en Ciudad Real

Año XXXVI – n.º extraordinario – D.L.: CR-91/1988 | Abril de 2019

«Me pongo, Señor, en tus manos. Tú eres mi padre»

En la alborada del 2 de marzo de 2019 falleció Rafael Torija de la Fuente

Falleció un pastor «bueno y fiel»

En la madrugada del 2 de marzo de 2019 falleció monseñor Rafael Torija de la Fuente, obispo emérito de Ciudad Real, a la edad de 91 años.

Durante 27 años fue el obispo de la diócesis de Ciudad Real. Tomó posesión el 6 de noviembre de 1976 y fue aceptada su renuncia por el papa san Juan Pablo II el 20 de marzo de 2003. Desde su jubilación, hace 16 años, don Rafael continuó viviendo en Ciudad Real, en la casa sacerdotal. Sumados ambos períodos, compartió casi la mitad de su vida, 46 años, con la diócesis.

Tras su muerte, el cuerpo llegó a la Catedral el 3 de marzo por la mañana. Fue recibido en la puerta del Prado por el obispo, monseñor Gerardo Melgar, el Cabildo, varios sacerdotes, numerosos fieles y autoridades.

Tras asperjar el féretro con agua bendita, recordando nuestro bautismo, la comitiva se dirigió a la capilla del Santísimo de la Catedral, donde tras un responso se procedió a la apertura del féretro, dejando el cuerpo expuesto toda la jornada.

Durante todo el domingo miles de fieles pasaron por la capilla para orar, concluyendo el día con las vísperas de difuntos. Durante esta oración, monseñor Melgar resumió los sentimientos de los fieles de la diócesis como gratitud y petición, «dos actitudes y sentimientos que tenemos en este momento y que surgen en nuestro interior de manera espontánea». Habló por un lado de la gratitud a Dios, «que nos dio a don Rafael como persona buena y como pastor fiel y entregado. Como persona sencilla, cercana, solidaria con todos y con todas las situaciones que contemplaba y con todos los que le trataban». Fue, destacó el obispo, «el pastor bueno y fiel que en todo momento quiso cumplir con la misión pastoral que el Buen Pastor le había confiado. Y en su servicio entregó toda su vida y todo su ministerio». La segunda actitud que resumía el sentimiento de la comunidad era la petición, «la oración pública de la Iglesia se convierte en oración por nuestro hermano Rafael […]. Le hemos pedido al Señor que escuche nuestra voz suplicante […] porque de Él solo viene la redención copiosa y Él nos redimirá a todos de nuestros pecados». Concluyó sus palabras expresando el convencimiento de todos de que el Señor «librará a don Rafael de la muerte que acaba de sufrir y le llevará a gozar para siempre del gozo y de la felicidad eterna».

Al llegar el féretro a la capilla del Santísimo de la Catedral el obispo dirigió una oración

Miles de fieles pasaron durante todo el día para rezar ante el cuerpo de don Rafael

Al término de la oración, todos los fieles congregados en la Catedral se acercaron para rezar en silencio ante el cuerpo de monseñor Torija antes de que se cerrara el ataúd.

La misa exequial se celebró por la mañana del día siguiente, 4 de marzo, con la Catedral llena de fieles.

Asistieron numerosas autoridades civiles y militares, entre las que se encontraba Pedro de Borbón-Dos Sicilias, Decano – Presidente del Real Consejo de las Órdenes Militares; así como la mayor parte del presbiterio diocesano; los familiares de don Rafael, cientos de fieles y nueve obispos: Antonio Algora, obispo emérito de Ciudad Real; Braulio Rodríguez, arzobispo de Toledo; Atilano Rodríguez, obispo de Sigüenza-Guadalajara; Ángel Collado, obispo de Albacete; Ciriaco Benavente, obispo emérito de Albacete; Ángel Rubio, obispo emérito de Segovia; Rafael Palmero, obispo emérito de Orihuela-Alicante, y Victorio Oliver, también obispo emérito de Orihuela-Alicante y gran amigo de don Rafael.

El cuerpo de don Rafael se enterró en la vía sacra de la Catedral al finalizar la misa exequial

Al comienzo de la misa se llevó el féretro en procesión a los pies del presbiterio, portado por seis sacerdotes, todos ellos ordenados por don Rafael. Después del saludo del obispo, cuatro sacerdotes dejaron sobre el féretro una casulla blanca, una mitra, el evangeliario y un báculo.

Tras las lecturas, monseñor Melgar, que presidió la misa, dirigió unas palabras a toda la comunidad, comenzando por el pésame del papa Francisco que recibió minutos antes y leyendo fragmentos del testamento espiritual de don Rafael. De este modo, hizo resonar la voz de monseñor Torija en la misma sede desde la que él mismo se dirigió tantas veces a los fieles.

Sobre el ataúd cuatro sacerdotes se dejó una casulla blanca, una mitra, el evangeliario y un báculo

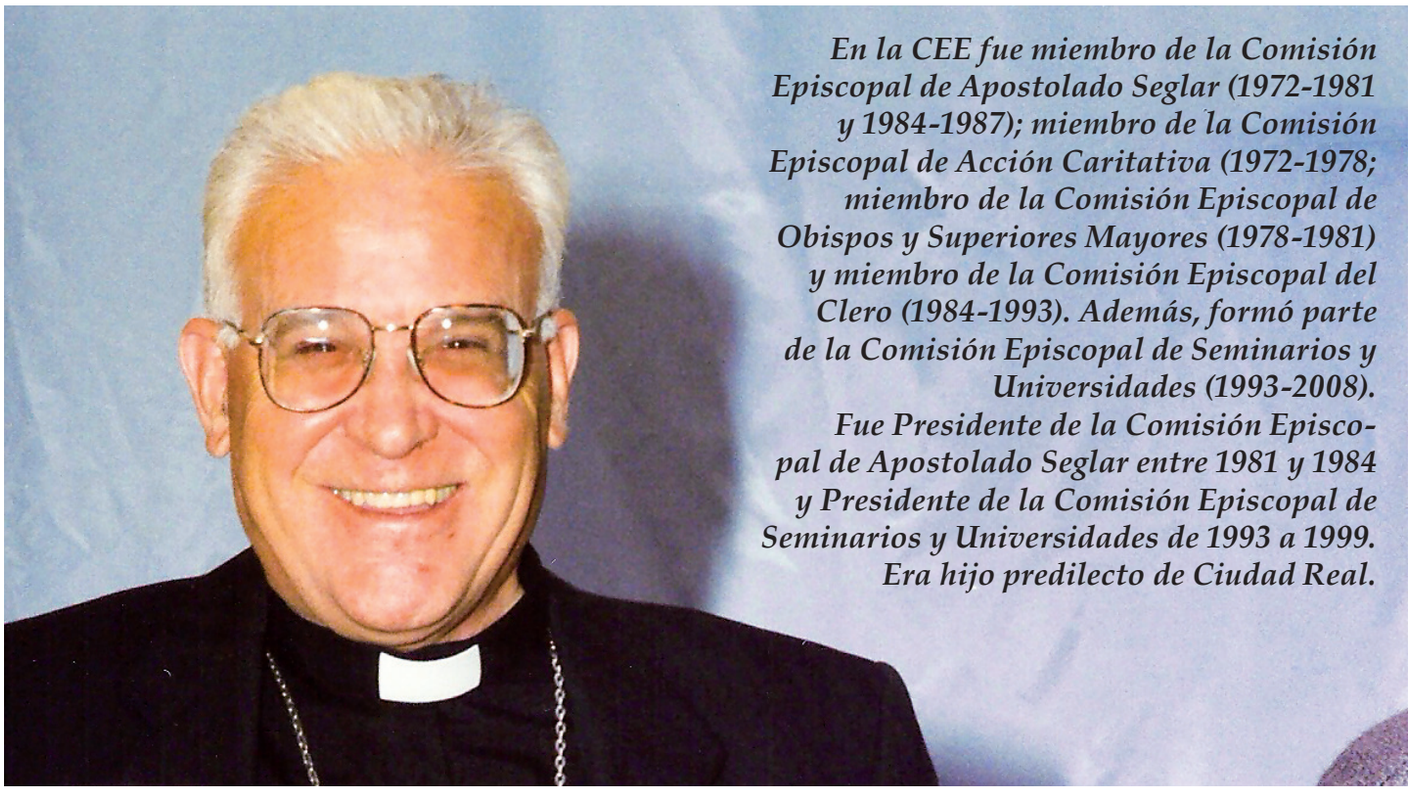
Con las mismas palabras de don Rafael, habló de la muerte, que él mismo tenía muy presente y que contemplaba con «serenidad y lleno de esperanza», creyendo firmemente que «vamos a la casa del Padre, sabiendo que, con la muerte, la vida no termina, se transforma», para adquirir «una mansión eterna en el Cielo, en la Casa del Padre». La paternidad de Dios, que el obispo difunto repetía y predicaba habitualmente, fue una constante en toda la homilía.

La Catedral abarrotada pudo escuchar la acción de gracias a Dios de don Rafael «por todos los innumerables dones de tu amor: existencia, vida cristiana, vocación sacerdotal, ministerio pastoral de sacerdote y obispo de la Iglesia; familia, seminario, presbiterio, Conferencia Episcopal, personas consagradas, apóstoles seglares…». Además de la acción de gracias y la petición de «una muerte en gracia y paz», se escuchó una petición de perdón a toda la diócesis de Ciudad Real, continuando con unas palabras de plena confianza en Dios: «En esta hora, Señor, me llena de consuelo, de esperanza, de alegría, tu palabra, tu presencia, tu Iglesia "sé de quién me he fiado". Sé que si morimos contigo, viviremos contigo».

Para finalizar la homilía, después de repasar el testamento espiritual de don Rafael, monseñor Melgar explicó cómo el obispo fue un regalo para toda la Iglesia diocesana, que «con sus gestos y palabras dejó siempre traslucir el amor a Dios y a la Iglesia» siendo un obispo «cercano a todos», que dio su vida siendo sacerdote: «En nombre del Dios del amor sus manos bendijeron, sus palabras confortaron y su presencia —incluso silenciosa— testimonió con elocuencia que la cercanía y misericordia de Dios son infinitas, que su compasión es inagotable».

Al concluir la celebración, don Gerardo se dirigió al féretro, que incensó y asperjó mientras la Coral Diocesana entonaba *Al paraíso*. Después, se enterró el cuerpo en la vía sacra de la Catedral, con la presencia cercana de los obispos asistentes.

Biografía de don Rafael



En la CEE fue miembro de la Comisión Episcopal de Apostolado Seglar (1972-1981 y 1984-1987); miembro de la Comisión Episcopal de Acción Caritativa (1972-1978; miembro de la Comisión Episcopal de Obispos y Superiores Mayores (1978-1981) y miembro de la Comisión Episcopal del Clero (1984-1993). Además, formó parte de la Comisión Episcopal de Seminarios y Universidades (1993-2008). Fue Presidente de la Comisión Episcopal de Apostolado Seglar entre 1981 y 1984 y Presidente de la Comisión Episcopal de Seminarios y Universidades de 1993 a 1999. Era hijo predilecto de Ciudad Real.

Monseñor Rafael Torija de la Fuente nació en Noez (Toledo) el 18 de marzo de 1927. Cursó los estudios sacerdotales en el Seminario de Toledo. Fue ordenado sacerdote el 7 de junio de 1952. Posteriormente, se licenció en Teología y en Sociología en la Pontificia Universidad Gregoriana.

Fue cura de Castilléjar (Granada) y de Riópar (Albacete), pueblos entonces pertenecientes a la archidiócesis de Toledo.

A la vez que coadjutor de la parroquia de Santiago, de Toledo, fue también profesor de Teología Pastoral en el Seminario de Toledo.

Desarrolló una amplia labor como Consiliario Diocesano de la JOC, de la HOAC y de la JEC.

El cardenal Plá y Deniel lo nombró Vicario Episcopal de Pastoral. El cardenal Tarancón (don Rafael se ordenaría después de obispo con los vestiduras episcopales de monseñor Tarancón) lo nombró Vicario General de Pastoral, cargo desde el que organizó el Consejo Presbiteral de la Diócesis.

Reflexión pastoral diocesana el 29 de octubre de 1995. En el pabellón ferial de Ciudad Real

El 4 de noviembre de 1969 fue nombrado obispo titular de Ursona (Osuna), auxiliar de Mons. Cirarda en la diócesis de Santander. Fue consagrado el 14 de diciembre del mismo año.

En 1972 fue nombrado obispo delegado de la Comisión Episcopal de Apostolado Seglar y Consiliario General de la Acción Católica.

El día 2 de octubre de 1976, al aceptar el Santo Padre la renuncia de Mons. Hervás al Obispado Priorato, nombró para sucederle a Mons. Torija, que tomó posesión el 6 de noviembre del mismo año.

El 4 de febrero de 1980, al elevar a diócesis la Prelatura Cluniense, fue desvinculado de la Iglesia titular de Dora y nombrado obispo residencial de Ciudad Real. Conservó el título de Prior de las Órdenes Militares, unido en adelante al obispo de Ciudad Real.

El día 20 de marzo de 2002 presentó la renuncia, por razones de edad, al gobierno pastoral de la diócesis de Ciudad Real.

Homilía en la misa exequial

Muy estimados Sres. arzobispos y obispos concelebrantes. Saludo con especial afecto a D. Antonio Algora Hernando, obispo emérito de esta diócesis, y sucesor de D. Rafael y con el que fue siempre tan atento, cercano y fraternal.

Queridos sacerdotes, religiosos y fieles todos de nuestra Diócesis de Ciudad Real que llenáis esta Santa Iglesia Prioral, Basílica Catedral de las Órdenes Militares de Santa María Del Prado.

Y, cómo no, nuestras palabras más cariñosas y entrañables para toda la familia de D. Rafael, sobrinos y demás familiares que tanto lo han querido y a los que tanto él quería.

Saludo a su Alteza Real, D. Pedro de Borbón y a todos los caballeros de las Órdenes militares de Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa, que siempre tuvieron una estrecha y cordial relación con D. Rafael como Prior de las mismas que fue.

Un saludo especial también para las autoridades, nacionales, autonómicas, provinciales y locales, que han querido acompañarnos, en este momento triste pero lleno de esperanza, de dar nuestro último adiós a D. Rafael.

Gracias a todos por vuestra presencia, en este momento de la celebración de las exequias de D. Rafael Torija de la Fuente, obispo emérito de la esta diócesis prioral de Ciudad Real.

D. Rafael ayudó a lo largo de su vida a muchas personas a prepararse y pensar con esperanza en este momento de la muerte de cada uno. Él mismo pensó a lo largo de su vida muchas veces en este momento de su propia muerte. Lo hizo siempre con fe y esperanza, confiando del todo en la misericordia divina. Así lo expresa el en su testamento espiritual que, ante la hora de su muerte, nos ha dejado.

«Con frecuencia —dice él— a lo largo de mi vida, he pensado en la muerte. Ahora, ya emérito la contemplo con más serenidad y lleno de esperanza: Vamos a la casa del Padre, sabiendo que, con la muerte, la vida no termina, se transforma y que, destruida nuestra morada terrenal, adquirimos una mansión eterna en el Cielo, en la Casa del Padre. Me consuela la esperanza en la misericordia infinita de Dios».

Desde este convencimiento sobre la realidad de la muerte, D. Rafael elevaba su acción de gracias al Padre por todo cuanto había recibido en vida de mano de Dios y manifestaba su alegría y confianza por el paso de la muerte a la vida, a la vez que pedía que el Espíritu le perdonase y purificase cuanto hubiera en él de pecado.

Decía literalmente así:

«Te ruego, Padre, que aceptes mi acción de gracias por todos los innumera-

bles dones de tu amor: existencia, vida cristiana, vocación sacerdotal, ministerio pastoral de sacerdote y obispo de la Iglesia; familia, seminario, presbiterio, Conferencia Episcopal, personas consa-

gradas, apóstoles seglares… dificultades y sufrimientos, gozos y alegrías, salud y enfermedad. Gracias, Padre. Espero con alegría y confianza, con gozo pascual, el momento en el que dispongas "mi paso" a tu casa. Te ruego una muerte en tu gracia y en tu paz. Por Cristo, tu Hijo, mi hermano y Salvador; me apoyo en la intercesión de María, su Madre y Madre de la Iglesia. Que tu Espíritu realice en mí lo que tantas veces le he pedido: "Lava lo que está sucio, riega lo que está seco, sana lo que está herido, dobla lo que está rígido, calienta lo que está frío, endereza lo que está torcido"».

Igualmente, lleno de un gran afecto hacia toda la Diócesis, a quienes han sido y son sus pastores y fieles; pide a todos perdón por sus deficiencias, manifestando también el gran amor que siempre tuvo a la Iglesia y expresando su gran alegría por morir en brazos de la Madre Iglesia.

Textualmente lo expresa así:

«A la Iglesia diocesana tan querida —pastores y fieles— os ruego miréis con bondad y piedad mi pobre vida y ministerio sacerdotal entre vosotros: que perdonéis mis deficiencias, sobre todo si, en algún momento, he sido ocasión de escándalo para alguno. Creo que os puedo asegurar con toda sinceridad que he querido mucho, mucho, a la Iglesia, una y muy diversa, santa y pecadora. He querido siempre servirla con amor, aunque, en ocasiones, hayáis podido observar deficiencias e incoherencias. Os pido me perdonéis. Qué alegría esperar la muerte en los brazos de la Madre Iglesia. Deseo recibir los sacramentos de la Penitencia, de la Eucaristía y de la Unción de Enfermos».

Tras citar a algunas personas concretas, a las que agradece especialmente su entrega y su generosidad con él, su cuidado y sus atenciones, su cercanía y su cariño; agradece especialmente a toda su familia: padres, hermanos primos y demás familiares todo lo que han hecho por él, y para ellos pide que Dios les pague todo, especialmente la generosidad que han demostrado con él, y se despide de todos hasta que nos encontremos en la casa del Padre; terminando sus ruegos y su testamento para esta hora de su muerte con estas palabras:

«En esta hora, Señor, me llena de consuelo, de esperanza, de alegría, tu palabra, tu presencia, tu Iglesia "sé de quién me he fiado". Sé que si morimos contigo, viviremos contigo, que si perseveramos reinaremos contigo. Porque incluso si hubiéramos sido infieles contigo, Tú permaneces siempre fiel, pues no puedes negarte a Ti mismo (cf. 2 Tim 2,8. 11-13). Sé que Tú eres mi pastor, que nada me falta; que me haces recostar en fuentes tranquilas, que no debo tener miedo, aunque tenga que pasar por cañadas oscuras, porque Tú vienes conmigo; que tu bondad y tu misericordia me acompañan hasta la Casa del Padre por años sin término. Me pongo, Señor, en tus manos. Tú eres mi Padre».

Nos hemos reunido en esta mañana para agradecer a Dios el regalo de la persona, de la vida y del ministerio sacerdotal y episcopal de nuestro hermano Rafael, que dedicó su vida a vivir como un auténtico creyente y como un gran y verdadero misionero, al servicio de la Iglesia desde el ejercicio del ministerio sacerdotal y episcopal.

Él fue un gran regalo de Dios para nuestra Diócesis de Ciudad Real. Con sus gestos y palabras dejó

siempre traslucir el amor a Dios y a la Iglesia. Esta diócesis ha sido bendecida con la vida y el pastoreo de D. Rafael. Fue un pastor, sencillo, cercano, interesado por todos y por todos sus problemas, y siempre estuvo al lado de los que más le necesitaban en cada momento.

La Palabra de Dios que alimenta la fe y robustece la esperanza, es

también bálsamo para todos los que hoy sentimos la muerte de nuestro hermano, especialmente sus familiares, sus hermanos sacerdotes y los fieles que de mil maneras le expresaban su cariño, afecto y cercanía mientras vivía.

Hemos escuchado en la Carta a los Romanos que hemos proclamado estas palabras: «Ninguno de nosotros vive para sí mismo y ninguno muere para sí mismo. Si vivimos, vivimos para el Señor; si morimos, morimos para el Señor; en la vida y en la muerte somos del Señor». Estas palabras describen con mucha propiedad lo que ha sido la vida de don Rafael. Una vida no para sí mismo, sino para su Señor. Ha sido un pastor fiel y solícito del rebaño de Cristo en Ciudad Real que pastoreo durante 27 años.

Don Rafael nació en Noez (Toledo) el 18 de marzo de 1927, cumpliría 92 años el día 18 de este mes. Fue ordenado sacerdote el 7 de junio de 1952. Fue obispo auxiliar de Santander entre los años 1969 y 1976, Prior de la Ordenes Militares y Obispo de Dora entre 1976 y 1980 y primer Obispo de Ciudad Real desde 1980 y 2003 cuando que presentó su renuncia por edad y fue aceptada por el papa san Juan Pablo II.

Fue obispo consiliario de la Acción Católica entre 1971 y 1976. Y presidente de las Comisiones Episcopales de Apostolado Seglar y de Seminarios y Universidades.

El paso de Don Rafael de este mundo a la casa del Padre nos recuerda a todos que el camino de Jesús es el único que da sentido a la vida y en la muerte. La fe en la resurrección es el único fundamento de la esperanza humana. Esa fe nos hace capaces de entregar la vida generosamente para que Cristo sea anunciado a todos los hombres.

Don Rafael, don Gerardo y don Antonio en una visita de los dos últimos a la casa sacerdotal

La trayectoria de un cristiano ha de estar marcada por la entrega constante de la vida a Dios y al prójimo. Este es el itinerario pascual al que todo nosotros estamos llamados a recorrer: morir a uno mismo para generar vida en el nombre del Señor.

Jesús, lo dice claramente en el Evangelio: «Os aseguro que si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto» (Jn 12, 24).

Al igual que el supremo Pastor, nuestro Señor Jesucristo, los obispos hemos de dar la vida, entregarla constantemente, para que la fuerza de la resurrección de Cristo alcance a todos, sin excepción. Ese es el resumen del deseo más profundo de D. Rafael Torija.

Como creyente D. Rafael caminó a la luz de la fe en Cristo. El Señor iluminó su vida y guio su ministerio. Su condición de pastor le puso ante los fieles como signo de la presencia del Señor resucitado y del acompañamiento que el Espíritu Santo hace a la humanidad entera.

D. Rafael fue un Obispo cercano a todos, por eso el recuerdo de su persona es un recuerdo imborrable como persona sencilla y cercana. Él animó, representó y garantizó la vivencia de la fe de la Iglesia y la proclamación del Evangelio. Y siempre deseó cumplir con el mandato recibido de Cristo de velar y guiar al Pueblo de Dios.

«Con el servicio de la predicación, infundió en el corazón de los fieles la conmovedora y consoladora verdad del amor de Dios: "Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna" (Jn 3, 16)».

En nombre del Dios del amor sus manos bendijeron, sus palabras confortaron y su presencia —incluso silenciosa— testimonió con elocuencia que la cercanía y misericordia de Dios son infinitas, que su compasión es inagotable.

Vamos a pedir al Señor hoy por el eterno descanso de D. Rafael. Que el Señor le dé la luz eterna de su presencia y el gozo de su visión, cara a cara, por toda la eternidad.

Pedimos perdón por los fallos humanos que él pudiera haber tenido como persona que era, pidiéndole al Señor que si en algo quedó manchado como fruto de su debilidad humana, que el Señor lo perdone y lo purifique y le lleve a gozar eternamente de su presencia y la de todos los Santos en el cielo.

Dales Señor el descanso eterno y brille para él la luz eterna.

† Mons. Gerardo Melgar Viciosa, obispo prior de Ciudad Real, 4 de marzo de 2019

Hijo adoptivo de Ciudad Real

Juan Sánchez Trujillo, agosto de 2005

Bien hace Ciudad Real
designando hijo adoptivo
a quien lo tiene cautivo
de su afecto episcopal.
Bien hace, bien, el rosal,
para enflorar su decoro,
en adoptar el tesoro
de un valioso Monseñor
que , a fuer de fraterno amor,
torna sus rosas en oro.

¡Qué agraciada esa Ciudad,
que de nueva sangre baña
su octingentésima entraña,
transfundiendo en su heredad
la buen hombría y verdad
de su ahijado Rafael!
¡Qué agraciado también él
por poder llamarla madre
a quien lo tiene por padre
y hermano entrañable y fiel!

De alegrarse mutuamente
motivos tienen los dos,
que los dos andan en pos
de beber de aquella Fuente
de la que brota el torrente
de una Ciudad Inmortal.
¡Qué familia más filial,
humana al par que divina
cuando unida se encamina
a esa Patria Universal!

Mas un hijo, tanto y tal,
asaz goza la adopción,
si la madre con pasión
se apasiona por igual
en llevar su prez natal
a tantos hijos sin nombre,
en los que hambriento se esconde,
con anhelo contenido
y parco también de ruido,
un hombre con sed de hombre.

Cómo goza este adoptado,
si ve que a toda persona
se le teje una corona;
pues sabe que es del agrado
de un Padre haberla a su lado
para adoptarla en su Hogar,
abierto de par en par
para cualesquiera ríos
a los que imprime sus bríos
el imán de tanto Mar…

¡Oh, si esta Real Ciudad
que adopta a Don Rafael,
siguiera con miel y hiel
alumbrando humanidad
sin abortos ciudadanos,
sembrando innúmeros granos
convertibles en espiga
con la providencia amiga
de madre de sus hermanos!

¡Qué bien si nuestra Ciudad
que ha ahijado a Don Rafael
sigue siendo siempre fiel
con limpia autenticidad,
al amor de la verdad
que la avala y configura
y le seduzca la altura
de descender a ser sierva
de sus hijos que reserva
para la Mejor Ventura!

Hacia la casa del Padre

Juan Sánchez Trujillo, marzo de 1999

Si el tiempo fuera dejar
de ser lo que empieza a ser;
y si el nuevo amanecer
pasara a crepuscular
sin marchar a otro lugar
que a una noche malhadada,
¡qué homicida la Alborada
que a punto puso la vida,
trocando entrada en salida
y el ser blanco en negra nada!

Mas no vacías de Ti,
cuando pasan, mis segundos;
ni deshojas infecundo
los pétalos que latí.
¡son los granos que Tú así,
minuteros de tu agrado,
uno tras otro has sembrado
con tu espiga ya en su seno!
¡Así de florido y pleno
deviene el tiempo a tu lado!

¡Bienvenida la campana
que me marca nuevos pasos!
¡Bienvenidos los ocasos
que me tornan más cercana
la milagrosa mañana
que me dará a luz total!
¡Será principio el final
y, al romper aguas las horas,
la Casa, Dios, en que moras
será mi Cuna pascual!